

y él mismo tornó a su palacio. Entonces, Savitrí,  
la que al esposo reconquistado había,  
regresó corriendo al lugar  
donde dejara el cuerpo sin vida, y vió  
en el suelo  
yacer a Satyavant. Ella se le acercó y  
se sentó,  
y en su regazo, entonces, colocó su cabeza. Luego volvió en sí  
aquél, cual si del extranjero a casa volviese;  
largo tiempo, cariñosamente la miró y  
por fin habló:

SATYAVANT

Largo tiempo dormí ¡demasiado, por cierto! ¿Y tú, oh mi buena,  
no me despertaste?—¿Dónde está aquel  
ceñudo hombre que consigo me llevó?

SAVITRÍ

Largo tiempo has dormido junto a mi  
corazón, mi adorado;  
levántate ahora, si bastante fuerte te  
sientes. Ya ha caído la noche.

Satyavant había recuperado de nuevo  
sus sentidos y aparecía  
como quien dulcemente ha reposado.  
Miró, con la cabeza erguida,  
alrededor de sí y escudriñó la selva, y  
dijo después:

«A buscar frutas, salí contigo a la montaña;  
«pero me sorprendió, mientras partía la  
leña, dolorosa jaqueca,  
«y parado no pude quedar; por esto me  
tendí en el suelo,  
«y dormido quedé en tu regazo. Esto lo  
sé todavía todo.  
«Mas, mientras yacía dormido, cuidado  
por ti, entonces fué separada  
«mi alma del cuerpo. Yo ví a un hombre  
terrible, vetusto,  
«de fuerza gigante—si en verdad lo ví  
o entre sueños,  
«no lo sabría decir. Si tú lo puedes, dí-  
melo, oh mi esbelta».

Pero Savitrí dijo: «La noche avanza; lo  
ocurrido,  
«mañana contártelo quiero fielmente, oh  
bueno.  
«Levántate ahora, ponte en pie; piensa  
en padre y madre.  
«Ha cerrado la noche, y ya no brilla  
el sol.  
«Fantasmas nocturnos (1), de horrible len-  
guaje, se mueven doquiera,  
«y las hojas suenan bajo el roce de los  
animales silvestres que andan por la  
selva;  
«terriblemente anllan — me tiembla el  
corazón—hacia el sur-oeste los cha-  
cales».

(1) Véase al final la nota n° 27

SATYAVANT

Oscuridad impenetrable cubre la selva  
y espanto produce;  
tú no verás el camino y no podrás andar.

SAVITRÍ

Incendio hubo hoy en la selva; he allí,  
todavía, un árbol  
seco que arde; y si se mueve el viento,  
sale llama tras llama.  
Ascuas iré a buscar allí, para encender  
un fuego para nosotros.  
Ve que la leña está. No debes, pues ape-  
narte.  
Si fuerza no tienes para andar—ya veo  
que aún estás enfermo,—  
y si ver no puedes el camino en la obs-  
curidad nocturna,  
bien, entonces iremos temprano, cuando  
vuelva la luz a la selva,  
y pasemos, si de igual opinión eres, la  
noche en este lugar.

SATYAVANT

Ya no me duele la cabeza, y sano me  
siento de nuevo.  
Ver deseo a Padre y Madre; de manera  
que necesito tu ayuda.  
Nunca, hasta ahora, regresé de noche a  
la vivienda.  
y la madre me retiene en casa, aun an-  
tes de que anochezca.  
También, cuando salgo de día, ambos  
mis padres se entristecen,  
y con los habitantes de la ermita, mi  
padre me busca.  
A menudo yo fui reprendido de que tarde  
llegué a la casa.  
¡Cuánto se apenarán ahora mis padres  
por causa mía!  
Muy tristes se sentirán, de seguro al no  
verme.  
Muchas veces se habrán levantado, en la  
noche, los dos, diciendo.  
muy apenados, los queridos ancianos, y  
y dominados por su profundo cariño:  
«Si tú, oh hijito, nos fueras quitado, ni  
un instante  
«podríamos vivir ya. Asegurada está  
nuestra vida, mientras  
«conserves la tuya, apoyando a noso-  
tros, los viejos y ciegos.  
«Nuestra estirpe depende de ti para los  
tiempos futuros,  
«nuestra gloria también y los holocaus-  
tos que a los Dioses debemos».  
Anciana la madre, ciego el padre, yo  
el apoyo de ambos:  
¡cuánto sufrirán acaso los dos en esta  
noche!  
¡Oh cuánto me incomoda aquel sueño!  
A él le culpo de que con pena esté  
el padre  
así como la madre por mí, ella que  
nunca daño alguno me hizo.  
También por mí mismo sufro y me  
apeno;

porque, sin los padres, no puedo vivir  
por más tiempo.  
Seguramente, mi ciego padre pregunta,  
con la mente trastornada,  
a cada uno, ahora, de los habitantes  
del bosque sagrado.  
No tengo tanta pena por mí, oh mi bella,  
como por el padre  
y por la madre, la débil, que ahora al  
esposo acompañará.  
Por mi causa, hoy deben sufrir tan  
amarga angustia.  
Para ellos vivo, mientras existan, y  
debo conservarlos,  
debo probarles mi cariño. Todo esto lo  
debo a los seres queridos.

Así habló el buen hijo que a los padres  
honraba,  
siendo no menos amado por ellos. Am-  
bos brazos extendió  
y lloró en alta voz, por sus amargos  
pesares.  
Cuando con tanto desconsuelo Savitrí  
vió al esposo,  
secóle las lágrimas ella, la fiel esposa,  
y dijo:

«Así como penitencia he hecho, he sa-  
crificado y dado limosnas,  
«así, también, transcurrirá buena la no-  
che para suegra y suegro.  
«Como en la palabra yo nunca jamás  
falté a la verdad,  
«ni por motivos insignificantes, te pro-  
meto que los padres  
«de mi esposo hoy día conservarán la  
vida».

SATYAVANT

Anhelo ver a los padres; por esto, apre-  
surémonos, Savitrí.  
Preferiría morir que ver sufrir a mi  
madre  
o a mi padre; antes me mataría con mi  
propia mano.  
Si es tu deseo que yo la vida conserve  
y si aprecias tu deber,  
si un bien deseas hacerme, ven, para  
que vayamos a casa.—

Entonces, Savitrí se levantó, ajustó su  
cabello  
y rodeó, para que se levantase, con los  
brazos al esposo.  
Y él se quedó parado, pulsó con sus  
manos el cuerpo entero,  
miró en derredor suyo y dejó descansar  
la vista sobre el canasto.  
Pero Savitrí dijo: «Las frutas buscare-  
mos mañana;  
«mas, tu hacha la llevaré, para que es-  
temos seguros».  
Y ella colgó de una rama el canasto  
pesado,  
así el hacha y con el esposo se puso  
en marcha.